

Problemas y Desafíos en la Evaluación Psicológica de Dimensiones Familiares

Patricio Cumsille

Escuela de Psicología, Pontificia Universidad Católica de Chile

Resumen

El presente artículo analiza los principales problemas teóricos y prácticos asociados a la medición de variables familiares. Se describen las características de las medidas de auto-reporte utilizadas para evaluar este tipo de variables y se ejemplifica con un instrumento ampliamente estudiado. También se presentan las características de la estrategia observacional para la evaluación de familias, con sus ventajas y desventajas. Además de los problemas asociados a la medición propiamente tal, se revisan conceptualmente los desafíos metodológicos del análisis de variables familiares, enfatizando los problemas relacionados con el análisis de dimensiones de diferente nivel de agregación.

Palabras claves: Familia, Evaluación, Evaluación familiar.

Abstract

The main problems associated with the assessment of family variables, as an example of dimensions of an extraindividual level, are analyzed. The characteristics of the self-report instrument, along with an example of a widely studied instrument, are presented. The observational strategy, its advantages, and disadvantages are also presented. Finally, the main conceptual problems associated with the data analysis of dimensions from different aggregation levels are discussed.

Key words: Family, Assessment, Family assessment.

Introducción

El diagnóstico y la evaluación constituyen actividades fundamentales del quehacer del psicólogo, tanto en su rol científico como profesional. Desde sus inicios, como disciplina focalizada en el estudio individual, la psicología ha ampliado su rango de interés para incorporar el estudio de dimensiones supraindividuales, vale decir, aspectos que trascienden la evaluación de rasgos o características personales y que involucran, por lo tanto, la evaluación de dimensiones sociales o propias de la dinámica de interacción entre individuos.

Una de las áreas de interés relativamente reciente para la psicología ha sido el estudio de la familia. Ciertamente que este interés ha sido más antiguo en disciplinas afines, tales como la sociología, la antropología y el trabajo social. Parte de la importancia actual otorgada a este tema se enmarca dentro del cambio de foco general ex-

perimentado por las ciencias sociales en sus esfuerzos por entender el comportamiento humano (Grotevant & Carlson, 1987).

Uno de los motores importantes para el estudio de la familia desde una perspectiva psicológica se genera a partir del desarrollo de un interés aplicado, específicamente, del auge de las formas de tratamiento psicológico que incorporan a la familia, la terapia familiar. Desde este punto de vista, el interés emana de una vertiente práctica o aplicada.

El interés por el estudio de las dinámicas y formas de funcionamiento familiar surge también a partir de la relación que se establece entre desarrollo psicológico, normal y patológico, y los estilos de crianza y funcionamiento familiar (Grotevant & Carlson, 1987). Es interesante señalar que, tanto esta vertiente como la mencionada previamente, comienzan a desarrollarse de manera simultánea, a partir de los estudios de familias con miembros que habían recibido el diagnósti-

co de esquizofrenia (Bateson, Jackson, Haley & Weakland, 1956; Nichols & Schwartz, 1991).

El estudio de variables familiares enfrentó la necesidad de desarrollar herramientas que permitieran investigar las complejas dimensiones asociadas al funcionamiento familiar, manteniendo la rigurosidad exigida a los instrumentos de medición psicológica. En consideración a que tanto el diagnóstico como la evaluación se habían desarrollado como actividades que suponían la medición de individuos, no era clara la posibilidad de trasladar los conceptos psicométricos al ámbito de la evaluación familiar. De hecho, los enfoques clásicos de medición se habían desarrollado sobre la base de una serie de supuestos que implicaban la comparación entre individuos como, por ejemplo, el que se refiere a la distribución de puntajes en relación a un atributo en estudio (Coombs, Dawes & Tversky, 1981; Magnusson, 1969; Nunnally, 1970). Los enfoques más clásicos de medición suponen, además, la existencia de una "realidad" relativamente estable. Este hecho queda claramente ejemplificado en las palabras de Nunnally (1970): "...Hablando estrictamente, no se miden los objetos sino sus atributos. Así, no se mide al niño, sino la inteligencia del niño..." (p. 23). Surge así la dificultad de trasladar los conceptos de evaluación y medición desarrollados para la evaluación individual a la medición de variables supraindividuales (i.e., dimensiones grupales).

Aun cuando la evaluación individual de características atinentes al grupo familiar es un importante componente de la investigación en esta área, debe ser utilizada con la debida precaución para evitar incurrir en problemas de validez de las mediciones.

Los objetivos del presente artículo son:

1. Identificar las principales dificultades teóricas y prácticas asociadas a la medición de variables familiares.
2. Describir las características de las estrategias de evaluación más utilizadas con familias, enfatizando las fortalezas y debilidades psicométricas de estos enfoques.
3. Ilustrar las estrategias de evaluación por medio de la exposición de un instrumento de autorreporte y de las características de la observación de variables familiares.
4. Describir algunos de los problemas metodológicos asociados al análisis de variables familiares.

Aun cuando el artículo se focalizará en la evaluación de variables familiares, es un supues-

to del autor que los planteamientos a desarrollar son válidos para el análisis de otras variables de orden supraindividual y, por lo tanto, al menos parte de ellos son extrapolables a otros ámbitos en los que se evalúan grupos de individuos.

Características de la Evaluación de Variables Familiares

Grotevant y Carlson (1989) plantean que parte de los problemas asociados a la medición de variables familiares surge debido a la dificultad de conceptualizar el fenómeno en estudio, aspecto que se refleja en la multiplicidad de lentes (teóricos) para describir (i.e., características del funcionamiento familiar) y comprender el funcionamiento familiar. Los mismos autores utilizan el término *teorías de rango medio*, acuñado por Robert Merton, para referirse a la mayoría de los enfoques teóricos desarrollados para estudiar familias. Este tipo de teorías serían, tal como señala el propio Merton (1967): "...teorías que yacen entre las necesarias hipótesis de trabajo menores...y los esfuerzos sistemáticos para desarrollar teorías unificadoras que explicarían todas las uniformidades del comportamiento social, la organización social o el cambio social" (p. 39).

La proliferación de teorías de familia ha permitido la emergencia de una serie de enfoques teóricos, lo que, a su vez, ha desembocado en múltiples formas de evaluación, acordes con los postulados teóricos de cada enfoque. Así, hasta la fecha no existe una *teoría de familia*, en el sentido *unificador y abarcativo* señalado por Merton, sino una serie de postulados o marcos de referencia conceptuales que han sido aplicados a fenómenos o procesos familiares específicos (Sprey, 1988).

Desde un punto de vista teórico, una primera dificultad que surge se relaciona con la supuesta discontinuidad que existiría entre los fenómenos de tipo individual y los fenómenos o procesos familiares. Las concepciones familiares, especialmente aquellas ligadas al ámbito de la terapia, han conceptualizado a la familia desde una perspectiva sistémica, cuya sola descripción y definición dificultan tremendamente la concepción de una metodología que permita una evaluación con características semejantes a aquellas consideradas importantes en la evaluación o diagnóstico individual (Nichols & Schwartz, 1991). Desde un punto de vista *sistémico*, se afirma que las dinámicas o procesos familiares involucrarían cualidades "emergentes" que caracterizarían a ese

nivel de organización (familia) y, por lo tanto, dicho nivel no sería analizable ni comprensible utilizando como referentes de análisis cualidades propias de un nivel de organización de diferente orden (individuo). Lo que mejor refleja esta noción es el viejo principio extraído de la teoría gestáltica, en la que se plantea que el todo (sistema familiar) es más que la suma de sus partes (miembros individuales). De acuerdo a esta concepción, las dimensiones familiares no serían reductibles a las dimensiones personales de sus miembros tomados individualmente, de manera que para lograr una comprensión de las dinámicas familiares se necesitaría estudiar dicho nivel de organización.

Un desafío reconocido para la medición de variables familiares es el desarrollo de teorías que guíen el proceso de evaluación (Grotevant & Carlson, 1989). Considerando las *conceptualizaciones sistémicas* que se han elaborado para comprender el funcionamiento familiar, se genera un problema de medición interesante: en tanto que las dinámicas de los procesos familiares serían conceptualizadas como "circulares", la medición se plantea, tradicionalmente, como una forma más bien "lineal" de acceder a la realidad. De acuerdo a la concepción *circular* de los fenómenos familiares, sería difícil establecer, por ejemplo, la relación *causal* de un fenómeno, entendida ésta en el sentido de un antecedente (causa) que genera una consecuencia (efecto). Tal como lo plantean Nichols y Schwartz (1991), el concepto de *circularidad* permitiría cambiar la concepción de la psicopatología, por ejemplo, de algo *causado* por eventos del pasado a un *proceso* ocurriendo en el presente, que incluye circuitos de retroalimentación. Así, se cambiaría la concepción lineal por una concepción circular.

La evaluación psicológica, en cambio, en el marco de la teoría clásica de la medición (Nunnally, 1970), plantearía la existencia de una realidad externa constante que puede ser "fotografiada" objetivamente. Este supuesto, cuya validez es incluso cuestionada en el plano individual, sería difícilmente cumplido en el plano dinámico y cambiante de los procesos familiares.

Ello no deja de tener repercusiones prácticas que trascienden el plano puramente académico. En Estados Unidos, por ejemplo, la práctica de la terapia familiar se ve enfrentada al desafío de desarrollar su actividad en un medio preparado para la evaluación y el tratamiento individual. Así, se produce la incongruencia que muchos terapeutas familiares *sistémicos*, que conciben la *dinámica* de los fenómenos que generan y mantienen los

problemas que ellos tratan de resolver como un fenómeno emergente del nivel familiar, se ven obligados a entregar diagnósticos individuales, usualmente según el esquema del *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (DSM IV) (American Psychiatric Association, 1994), para que sus clientes puedan ser reembolsados por las consultas. Generalmente, se termina por identificar a un paciente dentro de la familia, quien recibe la etiqueta de *trastorno ansioso no especificado*.

En el plano de la evaluación, se han desarrollado teorías que se han ligado a enfoques de medición. En relación al problema de la conceptualización teórica, autores como Moos y Moss (1976), por ejemplo, han planteado la necesidad de desarrollar una taxonomía de "ambientes" que permita establecer un paralelo con las tipologías desarrolladas para evaluar las características individuales, pero que sean más concordantes con las concepciones supraindividuales.

Otro importante problema que se presenta en el ámbito de la evaluación de grupos familiares surge de la eminente "interdisciplinariedad" del objeto y campo de estudio. Antropólogos, sociólogos, médicos, psicólogos, entre otros profesionales, se han abocado al estudio y trabajo con familias, pero cada disciplina lo ha hecho con un enfoque y lenguaje que le son propios, dificultando el intercambio de ideas y la elaboración de teorías o marcos conceptuales que trasciendan el nivel disciplinario.

En el plano teórico, diferentes autores se han planteado el desafío de desarrollar esquemas de clasificación o taxonomías de familias, con un especial énfasis en la diferenciación entre estilos de funcionamiento normal y patológico. Los esfuerzos por establecer tipologías familiares se remontan a los estudios desarrollados por Ackerman, en sus intentos por trasladar los conceptos psicoanalíticos al estudio de las familias (en Schwab, Stephenson & Ice, 1993).

La necesidad de establecer esquemas de clasificación surge a partir de dos interrogantes básicas:

1. ¿Existen dimensiones que permitan caracterizar el funcionamiento familiar?
2. Si la pregunta anterior es respondida afirmativamente, ¿es posible agrupar las diferentes dimensiones en una taxonomía coherente que permita clasificar a diferentes tipos de familias o estilos de funcionamiento familiar?

Los autores que se han enfrentado a la tarea de desarrollar instrumentos de evaluación fami-

liar han tenido que desarrollar sus propias teorías o taxonomías familiares que permitan clasificar a los distintos grupos evaluados. Ejemplos de estos modelos teóricos son el Modelo Circumplejo (*Circumplex* en el original en inglés) de Olson (Olson, Russell & Sprenkle, 1979, 1983), el Modelo de Competencia Familiar de Beavers-Timberlawn (Green, Kolevzon & Vosler, 1985) y el Modelo McMaster de Funcionamiento Familiar (Miller, Epstein, Bishop & Keitner, 1985), cada uno de los cuales tiene instrumentos específicos desarrollados para evaluar el funcionamiento familiar. Esto refleja la estrecha relación establecida en este ámbito entre teoría y evaluación. El modelo de Olson será revisado en detalle en la sección correspondiente a instrumentos de auto-reporte.

Por otra parte, los problemas de medición psicológica de variables familiares se complican debido a que, dentro de la psicología, una motivación importante para el estudio de familias surge del desarrollo de la terapia familiar, disciplina que se ha caracterizado por un énfasis en la intervención en desmedro de la evaluación. En un estudio sobre la utilización de instrumentos estandarizados por parte de terapeutas familiares y de parejas en Estados Unidos (Boughner, Hayes, Bubbenzer & West, 1994) se encontró una baja utilización de este tipo de herramientas en la práctica. Entre aquellos que usaban instrumentos estandarizados, en su gran mayoría utilizaban instrumentos de tipo individual. En el ámbito de la terapia familiar, la evaluación —cuando se realiza— está mucho más focalizada en la búsqueda de soluciones a los problemas que afligen a los consultantes y se guía menos por los enfoques de evaluación clínica más tradicionales, orientados a la descripción de los fenómenos o a la identificación de factores etiológicos. Esta tendencia de la terapia familiar se refleja en nombres tales como *enfoque orientado a la solución*, utilizados para describir los modelos más innovadores de esta disciplina en la actualidad (Nichols & Schwartz, 1991).

Otra dificultad que se establece al evaluar familias se relaciona con la discordancia que puede existir entre la unidad de medición y la unidad de análisis. Este es un problema que, por cierto, no sólo se presenta al evaluar familias, puede presentarse cada vez que se intenta estudiar una unidad mediante la medición de unidades de agregación diferente (e.g., evaluar grupos mediante el reporte individual de miembros del mismo).

La evaluación individual requiere de la evaluación de individuos y utiliza como unidad de

medición, en la mayoría de los casos, a la propia persona en estudio. Los métodos utilizados pueden incluir el autorreporte o la observación de la conducta de los propios individuos en estudio. Aun cuando la persona no se conceptualiza como un ente *unitario* para efectos de la medición, de hecho analíticamente muchas veces se evalúan componentes o dimensiones del individuo (ej., cogniciones o emociones) y es posible tomar al individuo como una unidad para los efectos del análisis.

Cuando se evalúa una familia, en cambio, no siempre es posible evaluar a través de la familia misma como unidad. En este sentido puede existir una discordancia entre unidad de medición y unidad de análisis. Esto implica hacer inferencias teniendo una unidad de medición de orden de agregación diferente a la unidad de análisis. Las familias no sólo representan unidades más complejas, en las que se agrupan conjuntos de individuos, sino que la misma composición (número de miembros, relaciones entre ellos, etc.) varía enormemente. Este último aspecto, que representa un especial desafío para la medición, le otorga vital importancia a las estrategias de recolección de datos.

Al evaluar individuos, generalmente existe una concordancia entre la unidad de medición y la unidad de análisis. La situación se complica bastante cuando intentamos evaluar familias. Surge un problema similar al planteado por Achenbach (1995), al referirse a las dificultades inherentes del diagnóstico de psicopatología en niños, en el que la evaluación usualmente se realiza a través del reporte de terceros, padres o profesores. El problema es extremadamente complejo si se considera que, de acuerdo a taxonomías diagnósticas como el *DSM IV*, la lógica de la evaluación requiere que el "afectado" reporte sus propios síntomas. De acuerdo a esta analogía, en el caso de las familias sería difícil determinar cuál miembro debe ser considerado el *informante* más apropiado.

Aproximaciones a la Evaluación de Familias

El primer problema que enfrentan los estudios orientados a evaluar dimensiones familiares se relaciona con la forma de obtener la información. Esto implica tanto la estrategia de obtención de la misma como las unidades de medición. En la medida en la que ambos aspectos no son independientes, la determinación de uno de los dos conlleva la decisión respecto del otro.

En el caso de la medición individual, las dudas se relacionan más con la fuente de la medición y menos con la unidad de medición. Cuando nos situamos en un nivel de organización superior al individuo, los problemas de medición no sólo involucran qué medimos sino también cómo y por medio de quién medimos (e.g., quién responde a un cuestionario de autorreporte sobre características familiares).

Existe una diversidad de estrategias utilizadas para evaluar familias, que van desde las técnicas de autorreporte, incluyendo la utilización de pruebas proyectivas eminentemente individuales, como el *Thematic Apperception Test* (TAT) (Velligan, Goldstein, Nuechterlein, Miklowitz & Ranlett, 1990). Dos de las estrategias más utilizadas para la evaluación de familias son los instrumentos de autorreporte y la observación de la interacción familiar. A continuación se presentarán ambas estrategias de evaluación, ejemplificándose las técnicas de autorreporte con un instrumento y describiéndose las características más importante de los procedimientos observacionales.

Medidas de Autorreporte

Existe una variedad de instrumentos de autorreporte cuyo objetivo es la evaluación de variables familiares. Tres de los más utilizados son el *Family Environmental Scale* (FES), desarrollado por R. Moos (1990), el *Family Adaptability and Cohesion Evaluation Scales* (FACES), desarrollado por David Olson y sus asociados en la Universidad de Minnesota (Olson et al., 1985), y el *Family Assessment Measure* (FAM), desarrollado por Skinner (1987). Estas tres escalas se basan en modelos teóricos diferentes, aun cuando existiría una importante sobreposición de los conceptos (Skinner, 1987).

El *Family Adaptability and Cohesion Evaluation Scales* (FACES III) se encuentra en su tercera versión (Olson et al., 1985). El instrumento tiene como sustento teórico el Modelo Circumplejo desarrollado por Olson et al. (1979, 1983), el que se estructura en base a tres dimensiones familiares: cohesión, adaptabilidad y comunicación. En la práctica, sólo las dimensiones de adaptabilidad y cohesión son evaluadas por FACES III. Cohesión familiar es definida por Olson (1989) como "el vínculo emocional que une a los miembros de una familia entre sí" (p. 9), en tanto adaptabilidad la define como "la habilidad del sistema marital o familiar para cambiar su estructura de poder, sus relaciones de roles, y sus reglas de relación en respuesta a eventos

situacionales o del desarrollo generadores de estrés" (p. 12).

La tercera versión del instrumento consta de 20 ítems, 10 para evaluar adaptabilidad y 10 para evaluar cohesión. Cada ítem es una frase que describe una situación o característica de la familia, frente a la cual el individuo debe indicar, en una escala tipo Lickert de cinco puntos, la frecuencia con la que se observa dicho comportamiento en su familia (desde *casi nunca* hasta *casi siempre*). Ejemplos de ítems de cohesión son "a los miembros de mi familia les gusta pasar tiempo juntos" y "los miembros de la familia se consultan entre sí sus decisiones", en tanto ejemplos de ítems de adaptabilidad son "las reglas cambian en nuestra familia" y "es difícil decir quién se encarga de cuáles labores en nuestra familia".

El instrumento puede ser contestado en una versión "real" (¿cómo es mi familia?) o una versión "ideal" (¿cómo me gustaría que fuera mi familia?). La diferencia entre ambas versiones permitiría evaluar el grado de satisfacción familiar.

El manual del instrumento presenta antecedentes psicométricos de la escala, evaluados en una muestra de 2.412 familias estadounidenses, donde la confiabilidad del instrumento, medida a través del coeficiente de consistencia interna alfa de Cronbach, fluctúa entre 0,77 para la escala de cohesión y 0,62 para la escala de adaptabilidad. Al aplicarla a familias completas fue posible evaluar el grado de concordancia entre los diferentes miembros de la familia. Las correlaciones obtenidas entre los puntajes alcanzados por diferentes miembros de cada familia se ubican en un rango medio-bajo, desde $r(372) = 0,13$ para la díada madre-adolescente hasta $r(1.240) = 0,46$ para la díada marido-esposa (Olson et al., 1985).

Dentro del modelo, cohesión y adaptabilidad se organizan en dos ejes para configurar 16 tipos familiares diferentes, los cuales reflejarían distintos niveles de ajuste o patología familiar. Un ejemplo de un tipo *patológico* de funcionamiento familiar, denominado *rígidamente aglutinado*, correspondería a un puntaje muy alto en cohesión y un puntaje muy alto en adaptabilidad, en tanto que un ejemplo de un tipo *sano* o *ajustado* de funcionamiento familiar, denominado *flexiblemente conectado*, correspondería a un puntaje intermedio en adaptabilidad y cohesión.

La cohesión y la adaptabilidad serían importantes dimensiones dentro del funcionamiento familiar y su adecuación sería especialmente relevante para el normal desarrollo de niños y adolescentes. Un número importante de estudios (Burt, Cohen & Bjorck, 1988; Cumsille &

Epstein, 1994; Feldman, Rubenstein & Rubin, 1988; Garrison, Jackson, Marsteller, McKeown & Addy, 1990; Garrison, Schoenbach & Kaplan, 1985) han mostrado la relación existente entre características familiares, como cohesión y adaptabilidad, y bienestar psicológico de niños y adolescentes.

Es interesante señalar que el Modelo Circumplejo (Olson et al., 1985) plantea la existencia de una relación curvilínea entre las dimensiones evaluadas, cohesión y adaptabilidad, y patología psicológica individual y familiar. De acuerdo a este postulado, el máximo nivel de ajuste se daría asociado a niveles intermedios de cohesión y adaptabilidad familiar, en tanto los niveles extremos se asociarían con patología familiar e individual. Sin embargo, aun cuando algunos estudios (por ejemplo, el de Henggeler, Burr-Harris, Borduin & McCallum, 1991) han apoyado el planteamiento de la existencia de tal relación curvilínea entre las dimensiones evaluadas por el modelo y grado de ajuste en adolescentes, la mayor parte de la evidencia empírica ha mostrado consistentemente la existencia de una relación lineal entre estas dimensiones y algunas características patológicas, ya sea de los individuos o sus familias (Anderson & Gavazzi, 1990; Cumsille & Epstein, 1994; Green, Harris, Forte & Robinson, 1991). La evidencia empírica ha apoyado, en especial, la relación lineal inversa entre cohesión familiar y patología individual.

Frente a esta evidencia, Olson ha argumentado que lo más importante para la existencia de un funcionamiento familiar *ajustado* sería el acuerdo o desacuerdo de los miembros de la familia en relación al nivel deseado de cohesión y adaptabilidad y que también existirían diferencias culturales (Olson, 1991). Asimismo, ha señalado (Olson, 1986) que la mayoría de los estudios que han observado relaciones lineales entre las dimensiones mencionadas han utilizado muestras de familias "normales", en tanto que las predicciones del modelo se relacionarían con el rango completo de familias, incluyendo familias con bajo nivel de ajuste general.

Tal como se mencionó previamente, la evaluación realizada por diferentes miembros de una familia no presenta un alto grado de concordancia. Un estudio realizado por Cole y Jordan (1989) evaluó la concordancia entre las evaluaciones familiares efectuadas por diferentes personas dentro de una familia, distinguiendo entre las diferentes díadas (madre-hijo, padre-hijo, padre-madre). Este estudio empleó una versión modificada del FACES III, en la cual se rephrasaron los ítems de manera que éstos aludieran a las caracte-

terísticas de la cohesión y la adaptabilidad en las díadas (por ejemplo, madre-hijo) en lugar de la familia completa. Se observaron diferencias en la evaluación que los adolescentes, las madres y los padres realizaron de las distintas díadas. Así, por ejemplo, la misma persona podía evaluar la cohesión de la díada madre-hijo en un nivel alto y la cohesión de la díada padre-hijo en un nivel medio o bajo. A partir de los resultados obtenidos, los autores hipotetizan que la calidad de la relación padre-hijo puede depender en gran medida de la calidad de la relación padre-madre, en tanto la calidad de la relación madre-hijo sería menos afectada por la calidad de la relación existente en la díada parental.

Un estudio realizado por Cumsille (1992) mostró que la magnitud de la diferencia entre adolescentes y padres en el grado de satisfacción con los niveles de adaptabilidad y cohesión de sus respectivas familias se relacionaba inversamente con niveles de depresión en los adolescentes. El nivel de depresión en los adolescentes se asoció más fuertemente con la diferencia entre el grado de satisfacción del adolescente y el grado de satisfacción del padre con el nivel de cohesión familiar, $r(45) = -0,44, p < 0,01$. Esto apoyaría el argumento de Olson, en el sentido que el nivel de patología, individual o familiar, se relacionaría con las niveles de acuerdo o desacuerdo entre los miembros de la familia en relación a las dimensiones estudiadas.

Pocos estudios han intentado evaluar dimensiones familiares utilizando más de un método de evaluación. Una investigación realizada en Noruega por Vandik y Eckblad (1993) mostró que la cohesión familiar, medida a través del FACES III, no se correlacionaba con una medición de cercanía familiar medida a través de una técnica de escultura familiar (*Kvebaek Family Sculpture Technique*). Se observó, sin embargo, que el nivel de cohesión familiar, medido a través del FACES III, se asoció lineal y directamente con medidas de funcionamiento psicosocial familiar e individual. Esto es, a mayores niveles de cohesión familiar se asociaban mejores niveles de funcionamiento psicosocial familiar e individual. Concordando con lo planteado en el artículo de Cole y Jordan (1989), Vandik y Eckblad señalan la importancia de distinguir entre niveles de cohesión, diádica y grupal o familiar. Así, por ejemplo, la familia puede tener un nivel bajo de cohesión, en tanto la díada madre-hijo puede estar fuertemente cohesionada.

En la misma línea, otros estudios han mostrado las diferencias que pueden existir en los reportes de los distintos miembros de una familia so-

bre los niveles de funcionamiento familiar. Un estudio realizado por Noller y Callan (1986) utilizó el FACES II para evaluar las concordancias entre padres y adolescentes. Los resultados mostraron que, en general, los adolescentes tienden a percibir a sus familias como menos cohesionadas y menos adaptables que lo señalado por sus padres.

Estos estudios parecen señalar las dificultades involucradas en la evaluación de características familiares a partir del reporte de un solo miembro, lo que cuestionaría la validez de los instrumentos de autorreporte como indicadores de funcionamiento familiar. El principal problema de las medidas de autorreporte es la utilización de una fuente de orden individual para evaluar una dimensión de orden familiar o *sistémico*. Esto cuestionaría la validez de las conclusiones, puesto que el reporte de un miembro de la familia no refleja, necesariamente, la dinámica del grupo evaluado. La solución más utilizada para resolver este problema es considerar el autorreporte del individuo como un reflejo de la *percepción* que tiene la persona respecto de su familia. El término *evaluación familiar* sigue usándose, sin embargo, con la evidente confusión de los niveles involucrados. Este problema es especialmente complejo cuando se está tratando de analizar dimensiones individuales en relación a dimensiones familiares. Si la evaluación de ambos componentes se realiza a través de la misma fuente (individual), los efectos de sesgo van a afectar los resultados.

Medidas Observacionales

El principal motor y apoyo para el desarrollo de un enfoque observacional para la medición de variables familiares surge de las conceptualizaciones teóricas respecto al funcionamiento familiar. Al plantearse la dinámica familiar como un fenómeno que trasciende el plano individual, se hace necesario considerar alternativas que permitan evaluar al conjunto en su totalidad y no a través del reporte de uno de sus miembros.

Autores como Markman y Notarius (1987) otorgan una importancia fundamental al uso de estrategias observacionales para captar las sutilezas de las dinámicas familiares como, por ejemplo, el uso del poder dentro de la familia, reservando el uso de instrumentos de autorreporte para la captación de variables de corte individual relacionadas con la familia (por ejemplo, percepción del uso del poder o de la cohesión familiar). Plantean que aspectos tales como la interacción madre-hijo, considerada fundamental para el desa-

rollo del niño, sólo pueden ser adecuadamente evaluados mediante la observación directa. Esto es concordante con el objetivo de una parte importante de la investigación en esta área, focalizada en el estudio de la familia como contexto para el desarrollo infantil (Grotevant & Carlson, 1987).

Los mismos autores señalan que el avance en nuestro conocimiento sobre las dinámicas familiares, particularmente en la generación de teorías, sólo será posible en la medida en la que la investigación en esta área genere datos con una base empírica sólida. Esta visión es concordante con lo planteado por Grotevant y Carlson (1989), para quienes los métodos observacionales constituyen la mejor alternativa para desentrañar las complejidades inherentes a los procesos y dinámicas familiares.

Grotevant y Carlson (1989) agrupan los métodos observacionales en dos categorías:

1. *Esquemas de codificación de la interacción familiar*. Este tipo de procedimiento representa un sistema de clasificación destinado a evaluar la interacción familiar a un nivel molecular, vale decir, observación de segmentos de interacción. Son considerados esquemas de codificación microanalíticos, que registrarían los detalles propios de la interacción familiar (quién y cómo dice qué a quién). La utilización de este tipo de esquemas ha sido posible en cuanto el desarrollo tecnológico ha permitido registrar y analizar este tipo de datos. Según los autores, éste sería el método más apropiado para delinear las leyes que regulan los procesos familiares, al posibilitar el análisis de las dinámicas grupales, lo que permitiría dilucidar aspectos de funcionamiento familiar relevantes para la elaboración de teorías.
2. *Escalas de clasificación del funcionamiento familiar*. Como su nombre lo señala, este tipo de procedimiento permite obtener una evaluación de carácter global del funcionamiento familiar. Involucra una categorización más global de la familia, de acuerdo a un esquema predeterminado. Corresponde a un método más molar de evaluación, vale decir, una evaluación de las características globales del funcionamiento familiar. En este sentido, sería equivalente a las medidas de autorreporte, pero con una unidad de evaluación diferente, por cuanto las escalas de clasificación entregarían una categorización de la familia en términos generales.

Tanto Grotevant y Carlson (1989) como Markman y Notarius (1987) enfatizan la impor-

tancia de desarrollar procedimientos de recolección de información que sean suficientemente sólidos para asegurar que el material obtenido sea válido y confiable. Una medida observacional no es intrínsecamente superior ni inferior a una medida de autorreporte. La solidez de los datos se basa en la utilización de procedimientos que aseguren replicabilidad y que se adecuen a los patrones de rigor científico correspondientes.

Las mediciones de características familiares que utilizan observación y codificación de la interacción requieren, básicamente, de los siguientes elementos (Markman & Notarius, 1987, p. 332):

1. Una tarea, la que se le asigna a la familia para estandarizar la situación de evaluación. Generalmente se utilizan situaciones en las cuales la familia debe resolver un problema común. Obviamente, existe una serie de situaciones en las cuales los investigadores están interesados en evaluar la interacción familiar en condiciones "naturales", por lo cual elegirán una situación lo menos estructurada posible.
2. Lugar o ambiente, en el cual se desarrollará la observación. ¿Cuál es el contexto en el que se desarrollará la observación?
3. Grabación de la interacción, para facilitar la codificación posterior, asegurando la revisión del material.
4. Código. Este punto requiere tomar complejas decisiones tales como qué codificar, cuál es la secuencia de tiempo que se considerará en la evaluación y qué dimensiones evaluar. Este aspecto nos devuelve al tema de la necesidad de tener marcos teóricos, ya que éstos deberían guiar las decisiones relativas a qué evaluar.

Uno de los aspectos fundamentales de considerar en relación al código es la clara descripción de los comportamientos interaccionales que serán evaluados. Dicho listado debe cumplir con las exigencias de todo sistema de clasificación en cuanto a ser exhaustivo (abarcar todas las posibles alternativas de respuestas) y con categorías mutuamente excluyentes (Cousins & Power, 1986).

Markman y Notarius (1987) enfatizan que la sola utilización de medidas observacionales no garantiza la confiabilidad ni la validez de los datos obtenidos. Se requiere de procedimientos rigurosos de observación, registro y codificación para asegurar que los datos obtenidos cumplan con los requisitos psicométricos que permitan llegar a conclusiones sustantivas sobre los fenómenos en estudio.

Un ejemplo de un instrumento de observación ampliamente utilizado es el *Marital Interaction Coding System* (MICS), descrito por Markman y Notarius (1987). El MICS incluye 32 códigos conductuales, los que pueden combinarse para generar dimensiones tales como *culpa*, *validación*, *facilitación*, entre otros. Ejemplos de códigos conductuales para la dimensión llamada *culpa* son reclamar, criticar, desvalorizar. La codificación se realiza a partir de la observación de una grabación (audio o video) de, al menos, 10 minutos. La pareja recibe la instrucción de discutir un problema de relevancia para ellos. Posteriormente dos codificadores registran los códigos respectivos, en bloques de 30 segundos. Los desacuerdos de los codificadores son resueltos mediante discusión. La utilización de este sistema de codificación por dos jueces ha presentado niveles de acuerdo de 0,75, permitiendo discriminar adecuadamente entre parejas con y sin conflicto (Birchler, Weiss & Vincent, 1975) y siendo sensible a cambios en la calidad de la interacción como producto del tratamiento de pareja (Jacobson, 1977, 1978). Un estudio de validez del instrumento, realizado por Wieder y Weiss (1980), concluyó que el método era una medida válida de interacción marital. Esta prueba ha sido, además, la base para el desarrollo de otros sistemas de codificación de la interacción marital (por ejemplo, Hops et al., 1987).

Los detractores de las medidas observacionales cuestionan principalmente la confiabilidad de éstas, más allá de su supuesta validez. Los procedimientos observacionales imponen requisitos de rigurosidad en la definición de los comportamientos a evaluar y en el entrenamiento de los observadores y codificadores, para asegurar altos niveles de confiabilidad. Los problemas en la clasificación de conductas o patrones de interacción han sido ampliamente revisados (ver, por ejemplo, Saal, Downey & Lahey, 1980). La observación rigurosa requiere de estandarización en la situación a evaluar, clara definición de los comportamientos a observar y de las categorías en que éstos deben ser clasificados.

Problemas en el Análisis de Datos Correspondientes a Diferentes Niveles de Medición

La discusión en profundidad de los métodos utilizados en el análisis de datos de variables familiares escapa al objetivo del presente artículo. Sin embargo, a continuación se presentarán las principales dificultades en el análisis de este tipo

de datos, con algunas sugerencias para resolverlas. Se sugiere al lector interesado en profundizar alguno de los aspectos que se revisarán remitirse a la bibliografía citada en cada punto.

Tal como se planteó en las secciones precedentes, existirían dos problemas metodológicos relacionados con el estudio de variables supraindividuales. En primer lugar, existiría el problema de la medición propiamente tal, que involucra la elección de los medios o estrategias de recolección de información, incluyendo el problema de la unidad de medición (individuos versus familias). Por otra parte, estaría el problema de la estrategia más conveniente para analizar los datos que se obtienen. Por cierto que estos dos problemas no son independientes; muy por el contrario, algunos autores (por ejemplo, Shinn, 1990) plantean la imposibilidad de analizar datos a un nivel de organización diferente al cual corresponderían las unidades de medición. Así, no sería lícito analizar los datos obtenidos mediante el reporte de un individuo como si correspondieran al nivel de pareja o familiar. Este problema no deja de ser preocupante, si consideramos que gran parte de la investigación en esta área se ha realizado tomando el reporte de individuos como indicador válido del funcionamiento familiar.

Shinn (1990) utiliza ideas extraídas de la psicología organizacional para analizar los problemas más importantes asociados a diferencias entre los niveles de conceptualización, medición y análisis de variables en el ámbito de la psicología comunitaria. Algo similar plantean Kashy y Snyder (1995) en relación a la investigación de parejas, señalando que la investigación en este ámbito debe utilizar estrategias para el análisis de los datos que difieren del análisis de datos para individuos. En el caso de la investigación con parejas, es especialmente relevante la no independencia de las observaciones obtenidas a través del reporte de ambos miembros de las mismas.

Tanto los planteamientos de Kashy y Snyder (1995) como los de Shinn (1990) concuerdan con lo planteado por Grotevant y Carlson (1987), en cuanto a la importancia que la investigación de dimensiones supraindividuales considere diferentes niveles de integración en la recolección y el análisis de los datos. A nivel de recolección de datos, sería fundamental no sólo tener diferentes fuentes de información sino, también, utilizar unidades de medición que reflejen los diferentes niveles de organización de las dimensiones consideradas relevantes para el estudio. Tal como plantean Kashy y Snyder (1995), las diferentes unidades de medición pueden incluir los niveles: "a) individual, b) diádico, c) familiar nuclear,

d) familiar extendido y e) cultural o comunitario" (p. 338).

Una idea similar es sugerida por Cromwell y Peterson (1983, Peterson & Cromwell, 1983), al propiciar la utilización de estrategias *multisistema-multimétodo* (similar al *multirrasgo-multimétodo*) para la evaluación de familias en contextos clínicos. Este procedimiento implica medir los diferentes niveles involucrados (i.e., familia, individuo) utilizando diferentes métodos. Así, por ejemplo, la familia puede ser evaluada mediante un procedimiento observacional, al mismo tiempo que se utiliza una medida de autorreporte para indagar en el plano individual. Un estudio realizado por Birchler et al. (1975) es un ejemplo de la utilización de este tipo de procedimiento, en el que se utilizaron inventarios para la evaluación individual (*Marital Activities Inventory*) y observación de la interacción de la pareja para evaluar el sistema marital (*Marital Interaction Coding System*).

De acuerdo a los planteamientos de Cromwell y Peterson (1983), el procedimiento *multisistema-multimétodo* permitiría evaluar de manera más precisa la estructura y funcionamiento familiar, en especial las cualidades de *totalidad* y *jerarquía* que caracterizarían a los sistemas familiares.

Estos autores propician la existencia de un vínculo fuerte entre teoría, investigación y práctica, que permitiría no sólo guiar el proceso de investigación sino, también, avanzar en el proceso del desarrollo de teorías para la comprensión de los fenómenos familiares y la posterior aplicación de este conocimiento en el desarrollo de programas que promuevan el normal funcionamiento familiar (Dumka, Roosa, Michaels & Suh, 1995).

Uno de los aspectos importantes de considerar en relación a este punto es el objetivo de la evaluación. Este es un aspecto tradicional en relación a cómo y qué evaluar. La regla más simple y obvia sugiere considerar el objetivo de la evaluación al momento de planificar la forma de obtener la información.

A nivel de herramientas de análisis, existen diferentes métodos que permitirían analizar datos obtenidos de distintas fuentes de información o que corresponden a diversos niveles de organización. En el caso del análisis de datos provenientes de los miembros de una misma pareja, Kashy y Snyder (1995) señalan la importancia de considerar la no independencia de las observaciones al momento de analizar los datos, de manera de mantener un control adecuado sobre los posibles errores probabilísticos al contrastar las hipótesis del estudio (errores de tipo I y II).

Por otro lado, Cousins y Power (1986) estudian las alternativas para el análisis de datos obtenidos mediante la observación de la interacción familiar o de pareja. Ellos señalan que, de la manera más simple, este tipo de datos puede ser conceptualizado como una "*transición entre estados*" (p. 91, se ha agregado la cursiva). De esta manera, la clave para el análisis serían las secuencias en las que se presentarían los comportamientos. Entre las alternativas de análisis mencionadas por estos autores está la utilización de *análisis secuenciales*, los que permitirían evaluar la regularidad de la aparición de determinadas secuencias, de manera de evaluar su confiabilidad como patrones *no azarosos* de interacción, vale decir, patrones que se presentarían con una constancia que permitiría inferir que éstos reflejan procesos o dinámicas familiares subyacentes. Los estudios de interacción de pareja y satisfacción marital desarrollados por Gottman son un ejemplo de utilización de este tipo de análisis (ver, por ejemplo, Gottman & Krokoff, 1989). Algo similar puede lograrse mediante la utilización de métodos de análisis de series temporales, en las que la conducta de un individuo en un momento determinado puede considerarse una función tanto de su comportamiento previo como del comportamiento previo de su pareja (Kashy & Snyder, 1995).

Discusión

La investigación de variables familiares corresponde a un área de creciente interés y que presenta un vasto potencial de desarrollo, tanto por la investigación de las complejas dinámicas y procesos del funcionamiento familiar como por los antecedentes que puede aportar en áreas tales como el desarrollo infantil y la psicopatología. Todo el conocimiento que puede obtenerse a partir del estudio de la familia puede tener también un impacto en la implementación de programas preventivos que trabajan con ellas (Dumka et al., 1995). Sin embargo, esta área de evaluación, como ejemplo de dimensiones supraindividuales, presenta interesantes desafíos para la investigación psicológica.

Desde el punto de vista de la medición, las alternativas revisadas presentan ventajas y desventajas que deben ser ponderadas al momento de planificar un proyecto y decidir el tipo de evaluaciones a utilizar. Los principales criterios que deben considerarse son:

1. Objetivo de la evaluación. Las medidas de autorreporte pueden ser una alternativa válida

como una aproximación a las dimensiones familiares, especialmente cuando se puede evaluar a más de un miembro de la familia. Las medidas observacionales son más apropiadas para evaluar más finamente las dinámicas familiares, en especial cuando se intenta aportar a la clarificación de los mecanismos de operación de los procesos familiares.

2. Modelo teórico. La evaluación debe basarse en un marco teórico que conceptualice el funcionamiento familiar de manera específica. Esto permite guiar la elección de la estrategia y los instrumentos de recolección de información más apropiados al fenómeno de estudio.
3. Recursos con los que se cuenta para su implementación. Esto implica tanto los recursos materiales como humanos. Las medidas de autorreporte son una alternativa más barata, en costo y tiempo, y de fácil aplicación. En relación a los recursos humanos, de nada serviría contar con los recursos económicos que permitan solventar los gastos involucrados en la utilización de medidas observacionales si no se cuenta con personal capacitado para la observación y codificación de los registros. Personal con bajo nivel de capacitación redundaría, muy probablemente, en bajos niveles de confiabilidad de las mediciones. Por otra parte, tanto la capacitación como la posibilidad de contar con más de un observador por evaluación, para estimar su grado de confiabilidad, implican costos adicionales.

En cuanto a las estrategias de recolección de datos, existe, por una parte, la posibilidad de utilizar medidas de autorreporte para evaluar dimensiones familiares. Este tipo de instrumento debe ser desarrollado de manera de cumplir con adecuados niveles de confiabilidad, siguiendo procedimientos similares a los utilizados para construir instrumentos de medición individual. Sin embargo, dichas medidas pueden ser cuestionadas, por cuanto utilizan unidades de medición que difieren en características significativas del fenómeno que se pretende estudiar. De esta manera, parece aconsejable su utilización conjunta con instrumentos que permitan una evaluación a un nivel diferente (ej., observación de la interacción), así como la evaluación de más de un miembro de la familia, utilizando las alternativas de análisis disponibles para enfrentar este tipo de datos (Kashy & Snyder, 1995; Thompson & Walker, 1982; Thomson & Williams, 1982).

Otra desventaja de este tipo de instrumentos, que también debe ser considerada al utilizarlos,

es la susceptibilidad de este procedimiento a la manipulación por parte de los individuos en estudio. De esta manera, este tipo de instrumentos deberían ser utilizados cuando, por ejemplo, no exista un alto grado de deseabilidad social involucrado en las posibles respuestas de las personas evaluadas.

Por otra parte, es posible utilizar métodos observacionales de medición, los que presentan una menor vulnerabilidad frente a los intentos de falseamiento por parte de los individuos componentes de las familias o parejas en estudio. Asimismo, permiten una evaluación de los *intercambios* reales que se producen entre los miembros de una unidad familiar, lo que facilitaría la comprensión de los procesos involucrados en el funcionamiento familiar. Sin embargo, la utilización de estrategias observacionales presenta importantes inconvenientes, relacionados con la necesidad de desarrollar sistemas de clasificación de alta precisión y el adecuado entrenamiento de los codificadores, con el consiguiente costo en recursos humanos y materiales involucrados. Entre estos últimos, el tiempo constituye un factor de especial relevancia.

Una forma de resolver el problema de validez de las mediciones de autorreporte es considerar a éstas como aproximaciones al fenómeno de estudio. En este sentido, es fundamental el desarrollo de teorías que permitan comprender no sólo los procesos que rigen las dinámicas familiares en estudio, sino también la relación existente entre estas últimas y los procesos individuales que pretenden reflejarlas. La conceptualización de la interrelación existente entre diferentes niveles de organización constituye una de las necesidades de clarificación fundamentales para el análisis de dimensiones familiares (Reiss, 1983). Además de permitir una comprensión de los fenómenos en estudio, el desarrollo de teorías ofrece una importante guía para el proceso de recolección de datos.

En definitiva, es importante considerar que las estrategias de evaluación familiar son variadas. La selección de un método para un proyecto específico debe guiarse tanto por los objetivos del estudio como por el cuerpo teórico que sirve de base para la implementación. Al mismo tiempo, cada investigador debe evaluar las condiciones contextuales del estudio, como el tiempo de ejecución y los recursos disponibles, de manera de seleccionar la estrategia de evaluación que permita cumplir con los objetivos planteados dentro del marco impuesto por las restricciones propias de todo proyecto de investigación.

Referencias

- Achenbach, T. (1995). Empirically based assessment and taxonomy: Applications to clinical research. *Psychological Assessment*, 7, 261-274.
- American Psychiatric Association. (1994). *Diagnostic and statistical manual of mental disorders* (4ª De.). Washington, DC: Autor.
- Anderson, S. & Gavazzi, S. (1990). Circumplex model of family adaptability and cohesion: Its curvilinear assumption and the presence of extreme types. *Family Process*, 29, 309-324.
- Bateson, G., Jackson, D., Haley, J. & Weakland, J. (1956). Hacia una teoría de la esquizofrenia. En G. Bateson, *Pasos hacia una ecología de la mente* (pp. 231-256). Buenos Aires: Ediciones Carlos Lohlé.
- Birchler, G., Weiss, R. & Vincent, J. (1975). Multimethod analysis of social reinforcement exchange between maritally distressed and nondistressed spouse and strange dyads. *Journal of Personality and Social Psychology*, 31, 349-360.
- Boughner, S., Hayes, S., Bubenzer, D. & West, J. (1994). Use of standardized assessment instruments by marital and family therapists: A survey. *Journal of Marital and Family Therapy*, 20, 69-75.
- Burt, C., Cohen, L. & Bjorck, J. (1988). Perceived family environment as a moderator of young adolescents' life stress adjustment. *American Journal of Community Psychology*, 16, 101-122.
- Cole, D. A., & Jordan, A. E. (1989). Assessment of cohesion and adaptability in component family dyads: A question of convergent and discriminant validity. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 36, 456-463.
- Coombs, C., Dawes, R. & Tversky, A. (1981). *Introducción a la psicología matemática*. Madrid: Alianza Editorial.
- Cousins, P. & Power, T. (1986). Quantifying family process: Issues in the analysis of interactional sequence. *Family Process*, 25, 89-105.
- Cromwell, R. & Peterson, G. (1983). Multisystem-multimethod family assessment in clinical contexts. *Family Process*, 22, 147-163.
- Cumsille, P. (1992). *Family adaptability, family cohesion, social support, and adolescent depression: Analysis of a sample of families attending an outpatient clinic*. Tesis de magister no publicada, University of Maryland, College Park, Maryland, Washington, DC, Estados Unidos.
- Cumsille, P. & Epstein, N. (1994). Family cohesion, family adaptability, social support, and adolescent depressive symptoms in outpatient clinic families. *Journal of Family Psychology*, 8, 202-214.
- Dumka, L., Roosa, M., Michaels, M. & Suh, K. (1995). Using research and theory to develop prevention programs for high risk families. *Family Relations*, 44, 78-86.
- Feldman, S., Rubenstein, J. & Rubin, C. (1988). Depressive affect and restraint in early adolescents: Relationships with family structure, family process and friendship. *Journal of Early Adolescence*, 8, 279-296.
- Garrison, C., Jackson, K., Marsteller, F., McKeown, R. & Addy, C. (1990). A longitudinal study of depressive symptomatology in adolescents. *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 29, 581-585.
- Garrison, C., Schoenbach, V. & Kaplan, B. (1985). Depressive symptoms in early adolescence. En A. Dean (Ed.), *Depression in multidisciplinary perspective* (pp. 60-82). New York, NY: Brunner/Mazel.

- Gottman, J. & Krokoff, L. (1989). Marital interaction and satisfaction: A longitudinal view. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 57, 47-52.
- Green, R., Harris, R., Forte, J. & Robinson, M. (1991). Evaluating FACES III and the Circumplex Model: 2,440 families. *Family Process*, 30, 55-73.
- Green R., Kolevzon, M. & Vosler, N. (1985). The Beavers-Timberlawn Model of Family Competence and the Circumplex Model of Family Adaptability and Cohesion: Separate but equal? *Family Process*, 24, 385-398.
- Grotevant, H. & Carlson, C. (1987). Family interaction coding systems: A descriptive review. *Family Process*, 26, 49-74.
- Grotevant, H. & Carlson, C. (1989). *Family assessment: A guide to methods and measures*. New York, NY: The Guilford Press.
- Henggeler, S., Burr-Harris, A., Borduin, C. & McCallum, G. (1991). Use of the Family Adaptability and Cohesion Evaluation Scales in child clinical research. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 19, 53-63.
- Hops, H., Biglan, A., Sherman, L., Arthur, J., Friedman, L. & Osteen, V. (1987). Home observation of family interactions of depressed women. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 55, 341-346.
- Jacobson, N. (1977). Problem solving and contingency contracting in the treatment of marital discord. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 45, 92-100.
- Jacobson, N. (1978). Specific and nonspecific factors in the effectiveness of a behavioral approach to the treatment of marital discord. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 46, 442-452.
- Kashy, D. & Snyder, D. (1995). Measurement and data analytical issues in couples research. *Psychological Assessment*, 7, 338-348.
- Magnusson, D. (1969). *Teoría de los tests*. México: Trillas.
- Markman, H. & Notarius, C. (1987). Coding marital and family interaction. En T. Jacobs (Ed.), *Family interaction and psychopathology* (pp. 329-390). New York, NY: Plenum Press.
- Merton, R. (1967). *On theoretical sociology*. New York, NY: Free Press.
- Miller, I., Epstein, N., Bishop, D. & Keitner, G. (1985). The McMaster Family Assessment Device: Reliability and validity. *Journal of Marital and Family Therapy*, 4, 345-356.
- Moos, R. H. (1990). Conceptual and empirical approaches to developing family based assessment procedures: Resolving the case of the Family Environmental Scale. *Family Process*, 29, 199-208.
- Moos, R. & Moos, B. (1976). A typology of family social environments. *Family Process*, 15, 357-371.
- Nichols, M. & Schwatz, R. (1991). *Family therapy: Concepts and methods* (2ª Ed.). Boston, MA: Allyn and Bacon.
- Noller, P. & Callan, V. (1986). Adolescent and parent perceptions of family cohesion and adaptability. *Journal of Adolescence*, 9, 97-106.
- Nunnally, J. (1970). *Introducción a la medición psicológica*. Buenos Aires: Paidós.
- Olson, D. (1986). Circumplex Model VII: Validation studies and FACES III. *Family Process*, 25, 337-351.
- Olson, D. (1989). Circumplex Model of family systems VIII: Family assessment and intervention. En D. Olson, C. Russell & D. Sprenkle (Eds.), *Circumplex Model: Systemic assessment and treatment of families* (pp. 7-49). New York, NY: Haworth Press.
- Olson, D. (1991). Commentary: Three-dimensional (3-D) Circumplex Model and revised scoring of FACES III. *Family Process*, 30, 74-79.
- Olson, D., McCubbin, H., Barnes, H., Larsen, A., Muxen, M. & Wilson, M. (1985). *Family Inventories: Inventories in a National Survey of Families Across the Family Life Cycle*. Documento no publicado. (Disponible a través de D. H. Olson, Family Social Science, University of Minnesota, 290 McNeal Hall, St. Paul, MN 55108).
- Olson, D., Russell, C. & Sprenkle, D. (1979). Circumplex Model of marital and family systems I: Cohesion and adaptability dimensions, family types, and clinical applications. *Family Process*, 18, 3-28.
- Olson, D., Russell, C. & Sprenkle, D. (1983). Circumplex Model VI: Theoretical update. *Family Process*, 22, 69-83.
- Peterson, G. & Cromwell, R. (1983). A clarification of multisystem-multimethod family assessment: Reductionism versus wholism. *Family Process*, 22, 173-177.
- Reiss, D. (1983). Sensory extenders versus meters and predictors: Clarifying strategies for the use of objective tests in family therapy. *Family Process*, 22, 165-171.
- Saal, F., Downey, R. & Lahey, M. (1980). Rating the ratings: Assessing the quality of rating data. *Psychological Bulletin*, 88, 413-428.
- Schwab, J., Stephenson, J. & Ice, J. F. (1993). *Evaluating family mental health: History, epidemiology, and treatment issues*. New York, NY: Plenum Press.
- Shinn, M. (1990). Mixing and matching: Levels of conceptualization, measurement, and statistical analysis in community research. En P. Tolan, C. Keys, F. Chertok & L. Jason (Eds.), *Researching community psychology: Issues of theory, research, and methods* (pp. 111-126). Washington, DC: American Psychological Association.
- Skinner, H. A. (1987). Self-report instruments for family assessment. En T. Jacob (Ed.), *Family interaction and psychopathology* (pp. 427-452). New York, NY: Plenum Press.
- Spree, J. (1988). Current theorizing on the family: An appraisal. *Journal of Marriage and the Family*, 50, 875-890.
- Thompson, L. & Walker, A. (1982). The dyad as the unit of analysis: Conceptual and methodological issues. *Journal of Marriage and the Family*, November, 889-900.
- Thomson, E. & Williams, R. (1982). Beyond wives' family sociology: A method for analyzing couple data. *Journal of Marriage and The Family*, November, 999-1008.
- Vandik, I. H. & Eckblad, G. F. (1993). FACES III and the Kveback Family Sculpture Techniques as measures of cohesion and closeness. *Family Process*, 32, 221-233.
- Velligan, D., Goldstein, M., Nuechterlein, K., Miklowitz, D. & Ranlett, G. (1990). Can communication deviance be measured in a family problem-solving interaction? *Family Process*, 29, 213-226.
- Wieder, G. & Weiss, R. (1980). Generalizability theory and the coding of marital interactions. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 48, 469-477.

Nota del Autor

El autor agradece los importantes comentarios editoriales recibidos de M. Loreto Martínez, Franco Simonetti y Valeria Ramírez.

La correspondencia concerniente a este artículo debe dirigirse a Patricio Cumsille, Escuela de Psicología, Pontificia Universidad Católica de Chile. Vicuña Mackenna 4860, Santiago, Chile. E-mail: pcumsill@lascar.puc.cl